

PRÓLOGO

Se conmemoraba el cuarto aniversario de aquel 11 de Julio, una fecha que ya no pertenecía al calendario, sino a la memoria encendida de un pueblo, el día en que Cuba dejó de susurrar y, por fin, gritó lo que llevaba silenciado por décadas: libertad.

La sala estaba llena y el ambiente ardía. Desde los primeros minutos, cada imagen de mi Cuba me erizaba la piel: los barrios polvorientos, los rostros endurecidos por el sol, las voces quebradas por la desesperanza.

En honor a esa herida abierta y luminosa, se estrenaba en Miami el documental *Patria y vida*. Mi esposo y yo teníamos los *tickets* desde hacía días. No era una salida cualquiera; era casi un acto de fe. Queríamos estar ahí. Teníamos que estar ahí. ¿Cómo no verlo en pantalla grande? ¿Cómo no formar parte de ese instante que ya se había convertido en historia viva, en latido compartido?

Pero lo que se respiraba aquella noche iba mucho más allá de una sala de cine. Sentíamos como si fueran rostros fantasmas llegados de todas partes. Gente de Santiago que recordaba el sol quemando la espalda mientras caminaban sin miedo por primera vez. Mujeres de Camagüey que aún hablaban con la voz entrecortada de aquel temblor que les recorrió el cuerpo cuando escucharon a otros gritar lo mismo que ellas habían callado por años, y, sobre todo, hacíamos presente a aquellos jóvenes de La Habana que gritaron y sintieron cómo ese día el miedo, ese compañero silencioso de toda la vida, por fin se resquebrajaba.

Entre nosotros había algunos que salieron de la isla poco después de aquellos acontecimientos. Otros llevaban años fuera, pero ese 11 de Julio los atravesó igual, como si la distancia no existiera, porque aquel día no fue solo geográfico fue visceral. Se sintió en la piel.

—Yo nunca había gritado tan fuerte —decía una señora con acento oriental, apretando entre sus manos un pañuelo blanco—. Sentí que la voz no era mía, que era de todos.

—Ese día se me erizó el cuerpo completo —respondía un joven—. Como si algo se hubiera despertado, como si por fin nos hubiéramos reconocido.

Y era cierto. Hubo algo casi milagroso en esa jornada. No porque todo cambiara de inmediato, sino porque algo interno, profundo, irreparablemente humano, se rompió o quizás nació. Una especie de valentía colectiva que no pidió permiso.

En el *lobby* del cine, antes de entrar, se abrazaban desconocidos como si se hubieran criado juntos. Se miraban a los ojos con una complicidad nueva, como si compartieran un

secreto antiguo que de una buena vez podía decirse en voz alta.

Cuando se apagaron las luces, el silencio no fue silencio: fue respeto, memoria y presencia. Y mientras las imágenes comenzaban a llenar la pantalla, muchos no estaban viendo solo un documental, estaban volviendo a ese día. A ese instante exacto en que el corazón latió más rápido, en que la piel se estremeció, en que la palabra «libertad» dejó de ser un sueño distante para convertirse —aunque fuera por un momento— en una posibilidad real, tangible, respirable.

Porque aquel 11 de julio no fue un día cualquiera. Fue un quiebre, un despertar. Y, para muchos, el único día en que Cuba se sintió completamente viva. Cada palabra, cada mirada, cada grito capturado en pantalla me decía al oído: *Tú formas parte de esta historia... ¿qué has hecho tú?*

Lloré. Lloré por la valentía de muchos. Lloré por la cobardía de otros. Lloré por la rabia contenida. Lloré por cada injusticia, por cada golpe, por cada preso, por cada madre que no volvió a ver a su hijo. Lloré por cada cubano que aún está dentro de la isla, pero también lloré por los que se fueron. Definitivamente, todos sufrimos igual.

Cuando terminó la proyección, los aplausos estallaron. Se sentía como un acto de justicia simbólica, y, entonces, aparecieron en el escenario los creadores del documental: Beatriz Luengo y Yotuel Romero.

Alguien leyó en silencio. Tal vez en voz baja, tal vez como etiqueta, tal vez como diagnóstico improvisado: «es un Caso Social». Y aunque en aquel momento no entendí en mi lectura completamente su dimensión, sí sentí su efecto. Porque hay palabras que no necesitan explicación para instalarse en la piel.

Desde una mirada psicológica y educativa, el término «Caso Social» suele utilizarse —a veces con ligereza, otras con intención técnica— para referirse a una persona, generalmente un menor, que presenta condiciones de vulnerabilidad en su entorno: dificultades económicas, desestructuración familiar, carencias afectivas, contextos de riesgo o exclusión social. En el ámbito escolar, un alumno puede ser considerado un «Caso Social» cuando su comportamiento, rendimiento o estado emocional reflejan esas condiciones externas que interfieren en su desarrollo académico y personal.

Pero en la adolescencia —esa etapa en la que la identidad aún se está formando, en que cada palabra externa puede convertirse en una verdad interna—, ser nombrado así puede ir mucho más allá de una categoría descriptiva. Puede sentirse como una reducción. Como si toda la complejidad de quién eres quedara contenida en una etiqueta que no elegiste.

Porque no es lo mismo decir «necesita apoyo» que decir «es un Caso». No es lo mismo mirar a un adolescente con comprensión que definirlo desde su herida.

Y eso fue lo que, años después, en medio de aplausos y de una sala llena, volvió a mí con la fuerza de un eco no resuelto. No como reproche, sino como revelación. Como si entendiera, finalmente, que aquella palabra no hablaba de lo que yo era sino de las circunstancias que me rodeaban. Y, aun así, dolió. Hay etiquetas que no se olvidan: se transforman en preguntas.

Y hay recuerdos que no regresan para herir, sino para ser comprendidos. Ese es el nombre del texto autobiográfico que comencé a escribir en Cuba cuando tenía 22 años. Era mi manera de procesar, de entender, de sobrevivir. Aquel manuscrito incompleto fue parte de mi equipaje cuando emigré a los Estados Unidos. Lo guardé como se guarda un secreto que duele. Y ahí se quedó, en silencio, esperando. Hasta esa noche, con treinta y ocho años en las costillas y en el resto del cuerpo.

Esa noche salí del cine con una promesa clara. Lo voy a terminar. Lo dedicaré a todos los cubanos. A los que están. A los que se fueron. A los que ya no están. A los que, como yo, no saben qué hacer, pero no pueden quedarse callados.

Escribir es mi manera de pensar, de protestar y de hacer justicia. Yo no sé hacer otra cosa más que contar lo que viví. Por eso aquí dejo mi historia, y también la de muchos otros. Les cuento cómo la sentí en su momento, cuando aún era demasiado inocente para ver la verdad. Pero también les comparto esa otra versión que tantos callan, la que solo fui capaz de entender cuando la madurez y la libertad me abrieron los ojos. Ambas miradas —la de la niña ilusionada y la de la mujer despierta— son reales, y juntas componen una historia que no es solo mía, sino la de muchos cubanos. Hoy he cumplido mi promesa: este libro está en tus manos y es mi forma de sumar a la libertad de mi pueblo. Ahora la pregunta es: ¿Qué vas a hacer tú?